

Introducción

Es preciso señalar, primero, las dificultades que presenta el estudio de la sociología. Es una disciplina difícil, muy exigente y también un poco decepcionante. ¿En qué consiste la dificultad? Evidentemente, viene de la extrema complejidad de los fenómenos sociales; no hay nada en el hombre que no sea, en cualquier grado, social. De allí que una psicología estrictamente individual es, quizá, inconcebible.

Incluso en el bolsillo de la percepción —donde las estructuras, las más objetivas, las más universales, son las más predominantes—, la importancia de los hechos sociales es decisiva¹. Aun en el orden biológico, se notan, al mismo tiempo, las diferencias fisiológicas y anatómicas, las cuales son consecuencias de la cultura y de la organización social. Si ahora consideramos no las actividades humanas ligadas a nuestra organización corporal, sino las actividades ideales, la misma observación puede ser hecha: ¿qué teorías científicas son tan objetivas que nos presionen a tratarlas sin ninguna referencia al medio social donde se han desarrollado?

La primera dificultad —la más evidente, pero que, después de todo, puede ser la menos grave— proviene del hecho de que la sociología, desde un determinado punto de vista, abraza todos los hechos sociales.

Indiquemos una segunda dificultad: ¿para qué sirve este conocimiento que nosotros pretendemos adquirir de los hechos sociales? «*Knowledge for what?*», como preguntó Lynd en el título de su famoso libro. El mismo conocimiento puede ser, sin duda, un fin; pero, muy a menudo, el deseo de comprender, de explicar los hechos sociales, está ligado al deseo del sociólogo de cambiar el orden social. El cambio puede ser total, del tipo de

1 El ejemplo de Whorf: los navajo no tienen palabra para distinguir el verde del azul.

aquel con el que soñaban los revolucionarios del siglo xix o de principios del siglo xx. O el cambio puede ser menos profundo, como lo preconizan los diversos técnicos de «relaciones humanas». No obstante, en ambos casos, la transformación metódica de la sociedad supone un sistema de referencia —normas y valores— en función del cual se condena al antiguo régimen y en función del cual se define, con más o menos precisión, un ideal a realizar. Es aquí donde la sociología retorna a las especulaciones tradicionales de la ética y de la filosofía moral. Claro está que no se reduce a ellas, pero nos parece difícil separarlas del todo.

En efecto, así como la psicología se refiere —más o menos espontáneamente— a un tipo normal, a una personalidad equilibrada; la sociología, por su parte, se refiere a un cierto tipo de interacción como preferible.

De un lado, pues, la sociología corre el riesgo de expandirse en una infinidad de estudios positivos más o menos dispersos: se halla, un poco, en la situación de la filosofía, tal como nos la describe Platón en el iv libro de la *República*. Este riesgo es evidentemente muy serio, sobre todo en nuestra época, debido a que las exigencias de la especialización son cada vez más rigurosas. Pero, de otro lado, el sociólogo está en peligro de ser absorbido por los filósofos que le dicen: «Todo lo que tú dices nosotros ya lo sabíamos; todos los asuntos sobre los que tú te encuentras en dificultades yo solo puedo resolverlos».

Es preciso tener una visión de estas dificultades y tenerlas siempre presentes porque, de lo contrario, nos expondremos a pedir a las ciencias sociales —y a la sociología, en particular— un servicio que no pueden prestar. Nos obstinaremos, por ejemplo, en demandarle la solución de aquello que se llama un poco confusamente «la cuestión social», sin tener en cuenta que la manera como nosotros entendemos su solución depende, a la vez, de la situación objetiva y de nuestra manera de «responder» a esta situación. Nos molestaremos, asimismo, por las relaciones, por los préstamos a los que recurrirá el sociólogo, por su interés en los aspectos más diversos de la realidad humana, etc., sin darnos cuenta de que esta dispersión está impuesta por la diversidad de los fenómenos que estudia.

Este análisis nos parece plenamente confirmado cuando hacemos una revisión del proceso histórico de la sociología. Ustedes saben que esta última palabra fue inventada, forjada, por Auguste Comte; es decir, la sociología es un producto típico del siglo xix. Su desenvolvimiento está ligado al desarrollo y al proceso mismo de las ideologías europeas del siglo xix. Nosotros la vemos, primero, evolucionista y pragmática, y con tendencia hacia la política, en Comte y Marx. Luego, poco a poco, se separa de los grandes esquemas y se concentra más y más sobre el análisis de los procesos de interacción.

Sin embargo, también mostraremos cómo este estrechamiento ha traído otro tanto de nuevas dificultades que en nada han contribuido a resolver las antiguas.

Trataremos acerca del pensamiento de Auguste Comte y Karl Marx, especialmente, algunos análisis particularmente fecundos de ellos; de la obra de Durkheim —teoría del simbolismo religioso—; de Weber —relaciones entre ideología religiosa y la organización económica—, y de Pareto —relaciones entre los análisis sociológicos y los análisis económicos—.

Estaremos, entonces, listos para precisar las relaciones de la sociología con las diversas disciplinas en armonía, de las que se sirve para desenvolverse.